

Otras butacas

Greenaway, el retorno

Vuelve el director británico, el más pedante, estirado y cáustico de los directores británicos (con el permiso de Frears). También el más inquieto. Su reciente *La ronda de noche* es una aproximación al famoso cuadro de Rembrandt de igual título. Una película que marca, además, el regreso a su antigua preocupación por el arte, algo que marcó a fuego aquel legendario *El contrato del dibujante* (1982), su primer largometraje, y buena parte de su obra posterior. Los ochenta fueron suyos con películas como *El vientre del arquitecto* (1987) y *Drowning by numbers* (1988), que aquí, si no recuerdo mal, se llamó *Conspiración de mujeres* no sé muy bien por qué. Por entonces Greenaway era respetado como como un creador profundamente intelectual, incansable explorador de las paradojas del mundo moderno. Un ariete de la imagen del futuro, donde el cine, según su propia afirmación, hacía tiempo que había muerto y ni tan siquiera nos habíamos dado cuenta. Greenaway, el enterrador, con la sempiterna chaqueta negra y la camisa blanca abotonada hasta el último botón, sin corbata. Para luego llegar a ser Greenaway, el agitador. Lo recuerdo en el Festival de Berlín, en el paroxismo de su cruzada, presentando ante una audiencia escéptica, ya en el año 2003, la trilogía sobre *Las maletas de Tulse Luper*: el triunfo de un estilo fragmentario, de composición operística, donde el significado se perdía en el significante, y donde, la verdad, nadie entendía nada... hasta que el mismo Greenaway lo explicaba. Pero para entonces el director ya había perdido el aura, convertido para buena parte del público –menos para sus seguidores irredentos– en un divertimento, en un charlatán. Pero ¡qué gran charlatán! Ahora Greenaway anuncia una tetralogía de películas sobre el arte, de la que además de *La ronda de noche*, ya estrenada, formarán parte *La Gioconda* y *La Santa Cena*, ambas de Leonardo, y *Las meninas*, de Velázquez. Ahí sí tiene cosas que decir.

SALVADOR LLOPART

Iconofilias La sonrisa esculpida en el rostro del político dimisionario

Todos rieron (o casi)

JORDI BALLÓ

¿Cómo dimite un político? Si nos atenemos a los últimos ejemplos, riendo, riendo sin parar. Los casos recientes de los altos responsables del PP Eduardo Zaplana y Ángel Acebes son sintomáticos: la sonrisa no abandonó sus rostros. ¿A qué viene esta sonrisa? Da la impresión de que esta actitud se debe a que el político que se apresta a declarar públicamente una decisión de este tipo está pensando en la fotografía del periódico, y que conoce, por experiencia, que los responsables de la elección escogen la foto que responde a lo que se supone que siente el personaje. Ante tamaña posibilidad, el político decide no ceder a la imagen del perdedor abatido, blindando su rostro. La filmación por las distintas dependencias del Parlamento, hasta la calle, demuestra como la inmutabilidad en el gesto es resultado de un trabajo férreo sobre un rostro esculpido con una sonrisa inamovible.

Algo parecido hizo Nixon en el momento de crear su última imagen antes de abandonar la Casa Blanca. Y eso que Nixon se sentía culpable y no era precisamente la alegría de la huerta. Pero recordamos este rictus facial, cuando derrotado y odiado por todos se decide a abandonar el templo que él creía conquistado, y en este momento improvisa una sonrisa con la que quiere –y de hecho consigue– pasar a la historia. Desde aquel día esta sonrisa forzada ya no engaña a nadie, es la máscara.

Pero ¿todos ríen? ¿Siempre?

En Japón parece que no. Cuando un ministro japonés dimite, o un primer ministro como el caso de Shinzo Abe, lo hace con cara compungida, como pidiendo perdón, algunos incluso sollozando, por no llegar al extremo del ministro de agricultura que llegó a suicidarse. Cuando veo la grabación de esta dimisión de Abe, me doy cuenta de que funciona con la misma concentración que en los dos políticos españoles, aunque busque un efecto contrario. Ahí la máscara es de dolor y no hay alivio posible. Si se le escapa una leve sonrisa y a la mañana siguiente los periódicos la publican, es su fin. |



TRAS LA MÁSCARA. Cuando Ángel Acebes anuncia que Rajoy “no cuente conmigo en la nueva etapa”, pasea esta sonrisa permanente por los pasillos, en diversas salas parlamentarias e incluso al salir a la calle. Iñaki Gabilondo, irritado por esta imagen, lo llamó en su telediario “El perfecto Pedrin”, un siniestro personaje de cómic con irritante risa nerviosa.

JUAN M. ESPINOSA / EFE



Y LO QUE ME REIRÉ. El día que Eduardo Zaplana declaraba que abandonaba su lugar preponderante como uno de los portavoces del grupo popular en el Parlamento para pasar a ser un simple diputado, ya sabía que tenía otros planes, con el supercontrato obtenido en la empresa privada. Su sonrisa es anticipatoria: no estoy amargado y pronto sabréis por qué.

FERNANDO ALVARADO / EFE



¿POR QUÉ ME ODIAN? Nixon abandonó la Casa Blanca en helicóptero tras el acoso político, mediático y ciudadano que le obligó a dimitir. En la película de Oliver Stone, Nixon se pregunta todo el tiempo las razones del odio que su pueblo siente por él. “Porque encarnas lo peor de ellos”, le responden a modo de oráculo edípico. Su sonrisa final es de incompreensión.

BETTMANN / CORBIS

SIN PERDÓN. El primer ministro japonés Shinzo Abe dimite de su cargo tras perder la confianza de su partido y ante las evidencias de corrupción entre algunos miembros de su gobierno, que han dimitido antes que él, en algún caso con final trágico. Sentado y después de pie, el rostro de Abe permanece invariablemente aquejado de dolor. No hay alivio, pero tampoco fisura.

ROBERT GILHOULY / EPA / CORBIS

